

EL EREMITORIO DE NTRA. SRA. DE LA LUZ

Esteban Gómez Orenes

En un paraje de la Sierra de Carrascoy, bajo las cumbres de El Cerrillar, se situó originariamente el lugar que con el tiempo sería el Ermitorio de Nuestra Señora de la Luz. Precisamente en las estribaciones de la entonces conocida Sierra de Salé. Por el levante llegaba hasta la Rambla del Sordo, que divide la parroquia de Algezares y La Alberca. Por el norte, hasta el convento de Villa Pilar, y por el oeste, la rambla de Santa Catalina y el castillo de los Moros, y la sierra por el sur.

En las proximidades del albergue de Educación y Descanso, hoy desaparecido, se encuentra el yacimiento ibérico descubierto a modo de terrazas en la ladera norte.

El lugar era en un principio muy solitario y sin árboles. Los pocos, malos y tortuosos caminos para llegar allí, no invitaban a excursiones festivas ni a visitas de curiosos.

Respecto al origen de la comunidad religiosa, dice la tradición que, sobre el año 800, un asceta llamado Higinio ocupó una de las muchas e inhóspitas cuevas de este paraje. A su muerte, de edad muy avanzada, imitaron su ejemplo otros ermitaños penitentes, que llegaron a ser más de veinte.

Tras la Reconquista, el fervor religioso inclinó a muchos devotos por la vida solitaria y contemplativa, surgiendo diversos brotes de ascetismo en nuestra provincia, como el de San Ginés de la Jara y este de la Luz en el valle del Hondillo.

El hallazgo de agua en estos parajes los fue poblando cada vez más y creando zonas de huerta, que fueron perdiendo su soledad y lejanía. Incluso, antes de la presencia de agua, atravesaba una vereda de ganados.

Los datos más antiguos sobre los hermanos de la Luz se sitúan en el siglo XV, donde en 1.429 se efectúa un acuerdo del Ayuntamiento de Murcia concediendo el agua de La Fuensanta a un tal Busquete, que debió de ser ermitaño.

Existe otro escrito de la misma época



en que decía que, antes de fundarse el ermitorio de la Luz, habían en el valle del Hondillo varios ascetas en el lugar llamado de las Ermitas, pero que se ignora desde cuando estaban allí. Parece ser que, para oír misa y otras necesidades sacramentales, bajaban al convento de Santa Catalina. En el citado documento de 1.429 se hace referencia también a los primeros hermanos de la Luz, Pedro de Celaya y Pedro de Antequera, conocidos como ermitaños de San Pablo. También en otra publicación, concretamente España Mariana, se hace referencia a la concesión de terrenos hecha en Abril de 1.428 para formar la congregación penitente de la Luz, concesión que se otorgó a los citados hermanos Pedro Celaya y Pedro de Antequera.

Por entonces se crearon también varias órdenes religiosas, conventos de clausura y enclaves religiosos, como el convento de franciscanos de Santa Catalina, San Antonio el Pobre, el convento de los Teatinos, el Santuario de la Fuensanta y la ermita de San José, que en principio estuvo ocupada por uno de los anacoretas de la Luz.

Entre 1.645 y 1.647 Murcia padeció una serie de calamidades que arruinó muchas vidas, pueblos y cosechas. Cundió el hambre y la miseria, y la comarca fue asolada por partidas de malhechores. En septiembre de 1.645 hubo una gran inundación, y en 1.647 una terrible peste, llamada de Valencia, en la que murió el Obispo de Cartagena, Don Juan Vélez de Valdivieso. En la labor de caridad promovida por tanta desgracia se distinguieron los

ermitaños de la Luz, que bajaron a la ciudad a prestar auxilio a los enfermos apesados. Relatan las crónicas que todos los hermanos murieron del contagio producido por la enfermedad, quedando extinguida la vida eremítica de la montaña.

Transcurrieron unos cinco años hasta que los nuevos anacoretas poblaron la soledad del lugar con la misma vida de penitencia y mortificación.

Y así hasta que por los años 1.691 al 1.693 el hermano Miguel de la Soledad, dando un extraordinario ejemplo de austeridad, pasó a dirigirlos y gobernarlos. Sólo salía de la cueva donde vivía para participar en el Vía Crucis del cercano monasterio de Santa Catalina.

Los ascetas vivían separados uno del otro en pequeñas cuevas o ermitas de piedra y barro construidas por ellos mismos. Ya bajo la dirección del hermano Miguel de la Soledad, éste construyó en su cueva de la Yedra un oratorio muy pobre y en un pino cercano colgó una campana para convocar a los otros, con lo que se reunían más a menudo para realizar actos piadosos bajo una regla rudimentaria.

Tal fue la fama de santidad y mortificación de estos ascetas, que el entonces Obispo de Cartagena, Don Antonio Medina Chacón, mandó reunir a los ermitaños, constituyéndolos en comunidad, hecho importantísimo en la historia de los hermanos de la Luz en sus tres siglos de existencia.

En la cueva de la Yedra, donde habitó el hermano Miguel de la Soledad, posteriormente se instalaba un belén, que fue destruido durante la Guerra Civil. Actualmente sólo se conserva la cueva en completo desuso y abandono.

El hermano Miguel de la Soledad fue el primer Hermano Mayor de los frailes de la Luz. Era un noble cordobés llamado don Miguel Valdivia. Educado en los jesuitas, se dedicó a la carrera de las armas. Ingresó en el convento de San Ginés de la Jara. No logrando la soledad que deseaba, la buscó en el desierto de Salén en el valle del Hondillo. Allí, los demás anacoretas le eligieron superior. Esta primera comunidad la formaron con él: Pedro de la Trinidad,

Pascual del Espíritu Santo, Agustín de Jesús y María, Ignacio de San Miguel, Pedro de la Purísima y Diego el Pecador. El cambiarse los nombres de pila y adoptar otro para la vida religiosa, significa el desligarse de los apegos de este mundo.

El hermano Miguel de la Soledad murió en marzo de 1.699, sustituyéndole en el cargo el hermano Pedro de la Santísima Trinidad. Fue este último el fundador del monasterio e iglesia, así como de la plantación del olivar y pinada que hay frente al edificio. Se consiguió la cesión del terreno para edificar, que era propiedad del Ayuntamiento de Murcia, y el 25 de noviembre de 1.701 ya estaba terminada la iglesia, la sacristía y la celda para el sacristán, celebrándose con gran júbilo su inauguración. El eremitorio era de clausura.

Los anacoretas de la sierra, dejada la vida solitaria de las cuevas, vivían ya en comunidad consagrados a San Antonio Abad. En el templo no tenían aún imágenes, sólo un cuadro representando a Nuestra Señora de la Luz en el momento de aparecer en Sicilia. La donación de una imagen de bulto de la Santísima Virgen sirvió para que la constituyeran como patrona de la nueva iglesia con una votación secreta tras diez días de oración.

El primer cuerpo del monasterio actual, el camarín y el refectorio, se construyó por orden y a coste del Cardenal Belluga.

Los componentes de esta comunidad eran todos legos, menos el hermano Pedro de la Trinidad, segundo hermano mayor de esta institución, que era clérigo.

Durante la Guerra de la Independencia, los frailes albergaron y atendieron en su eremitorio, durante cinco días, a las fuerzas leales que defendían España contra los invasores franceses, a prisioneros y enfermos.

La fiebre amarilla, extendida por toda la comarca por el año 1.811, causó numerosas víctimas. En el monasterio sólo habían por entonces cinco hermanos. De la epidemia murieron dos, otros dos abandonaron la vida religiosa, quedando sólo el hermano José de la Santísima Trinidad. Ya desaparecida la epidemia, volvieron a

incorporarse nuevos miembros, recobrando su normalidad el monasterio.

Pese a las muchas convulsiones políticas y sociales del último tercio del siglo XIX, nadie osó molestarles, aunque, para más seguridad, cambiaron el hábito talar de los ermitaños por el traje seglar.

En la desamortización de Mendizábal, el Ayuntamiento de Murcia hizo valer ante el Gobierno su derecho de Patronato propiedad de la ciudad de Murcia, eximiendo al monasterio del expolio, pues oficialmente el Ayuntamiento tenía “arrendadas” aquellas tierras a los frailes por 50 pesetas como cultivadores, que oficialmente se siguen pagando, aunque los hermanos dispongan de todo como propietarios.

Es de justicia reseñar que los pueblos de Algezares y La Alberca, así como el Ayuntamiento de Murcia, siempre han protegido y ayudado a la comunidad de la Luz hasta nuestros días, y toda Murcia y la huerta tenía aprecio y cariño a este eremitorio. Con su ayuda y donativos, entre 1.858 y 1.867, se consiguió ampliar lo antes edificado del convento: se prolongó la iglesia, se edificó un coro, un panteón, un corral, cuadras, pajares y graneros, despensas, etc.

Sólo a partir de la proclamación de la Segunda República en 1.931, comenzó a perturbarse la paz de la comunidad y del santuario. Al comienzo de la Guerra Civil, con el único delito imputable a su fe, dos hermanos, Bernardo y Andrés, fueron vilmente asesinados en la carretera de Cartagena, en el lugar conocido por el Puente de las Lavanderas. Otros cinco hermanos fueron encarcelados y, pasado algún tiempo, los dejaron en libertad. Unos marcharon con su familia y a otros los internaron en el asilo de ancianos de Murcia.

Al acabar la contienda, primero el hermano Hilario y después el hermano Matías, como superior de la comunidad, el capellán don Ginés Hurtado García y otros hermanos, ocuparon nuevamente el maltrecho monasterio, reconstruyéndolo y amueblándolo con mil esfuerzos y privaciones, a costa de ayudas de familias y autoridades como el alcalde de Algezares. Recuperaron también las imágenes de San Antonio Abad y de San

Pablo, ambas obras de Salzillo, escondidas en el Museo Provincial de Murcia. Allí también encontraron rota en varios trozos la imagen de Nuestra Señora de la Luz, de autor desconocido, que restauró el escultor Sánchez Lozano. El niño Jesús que llevaba la Virgen fue salvado por la hija de una familia valenciana que pasó por allí cuando jugaban en la plazoleta con él. Finalizada la guerra, lo entregaron a los frailes. En Enero de 1.948 se inauguró el nuevo y actual retablo, obra del escultor Sr. Noguera.

El 25 de Marzo de 1.946, ante el Obispo, Don Miguel de los Santos Díaz y Gómara, los hermanos de la Luz, profesaron los votos perpetuos de castidad, pobreza y obediencia. Oración, trabajo y penitencia eran la base de sus vidas. Antes del amanecer, la voz de un hermano les avisaba varias veces para que se levantaran y asistieran a las primeras oraciones del día. Se iban abriendo las celdas y, en silencio, se dirigían al coro de la iglesia. La campana del monasterio anunciaba la oración del ángelus. Después de rezar las preces matutinas, comenzaban el canto de las Horas del Oficio de la Virgen. Varias horas dedicaban aún a la oración durante el día y después pasaban a los trabajos propios de cada jornada, que solían ser agrícolas, tanto de olivar como en el huerto anexo al convento y en la pinada recogiendo leña. También otros fabricaban escobas y chocolate, contribuyendo con su venta al sostenimiento de la comunidad religiosa.

Ayunaban cuatro días a la semana durante todo el año y, además, desde Ánimas hasta Navidad y toda la Cuaresma y Semana Santa.

Cada celda constaba, además de una



cama dura, una mesita con libros de rezo, una calavera, un botijo con agua, una silla y, sobre todo un crucifijo.

Sus votos de pobreza, castidad y obediencia los seguían tajantemente sin vanagloriarse de ello, pero su mayor virtud era la humildad.

Recorrían la comarca solicitando limosnas, con sus clásicas alforjas, facilitaban habitaciones para su descanso a numerosos visitantes, así como a enfermos, todo por un donativo voluntario.

Junto al monasterio existía el huerto de los frailes, donde la escasez de agua no permitía sacarle mucho rendimiento. Aún así, el nacimiento que había frente a la fachada del convento contribuyó a que se construyera en este lugar. Posteriormente y dada su escasez, el agua se canalizó hasta la balsa del huerto.

Esta comunidad siempre fue de casa única, no fundándose otros conventos, aunque probaron sin resultado en la Santa de Totana y en el Niño de Mula.

El principal medio de subsistencia de los hermanos fue durante mucho tiempo la limosna, tanto de dinero como de comida y cosechas, efectuada por la huerta y pueblos de la Vega Baja, desde Orihuela a Cieza, y a veces aún más lejos. Llevaban al hombro grandes alforjas y una pequeña urna con la Virgen de la Luz que enseñaban por las casas que visitaban, rezando el rosario en las que hacían noche.

La caridad con los pobres que acudían al convento a la hora del Ángelus era proverbial entre los hermanos. Los maitines cantados, las salves vespertinas, los trisagios rezados en alta voz, y los misereres de todos los viernes del año, constituían gran parte de la actividad religiosa en el convento.

Su fiesta más importante era de San Antonio Abad, el 17 de Enero, y después la del Corazón de Jesús y la de Nuestra Señora de la Luz, el 8 de septiembre.

Las vocaciones allí siempre fueron escasas, pues raramente llegaban a diez monjes, pero en sus reglas figura que no podrán ser más de trece.

El monasterio consta de tres plantas: la baja con el refectorio y la cocina, las fábricas

de chocolate y escobas y trasteros; la segunda, que fue siempre la mejor acondicionada, y la tercera, donde se encuentran las celdas de los monjes. La iglesia, además de la sacristía, tiene un coro bajo donde los religiosos hacen sus rezos y desde donde oyen misa, ya que da vista directa al altar mayor. El coro alto apenas se utilizaba. Aparte hay una sala grande para reuniones, conferencias, etc. Hay también una terraza amplia desde donde se divisa la huerta y el santuario de la Fuensanta.

En 1.867, sobre el nuevo panteón en el sótano, se construyó una capilla con la imagen de la Virgen de Los Dolores, obra de Salzillo.

El monasterio, en la fachada y delante de la iglesia, estaba cercado con una alta tapia y dos puertas. Entrando al recinto, y a la izquierda de la iglesia y del convento, habían unas cuadras que en los últimos años se transformaron en aparcamiento de vehículos, y ya más adentro, tanto en la planta baja como en el piso, unos seis apartamentos que ocupaban familias mediante limosnas más o menos generosas, que ayudaban a los hermanos al sostenimiento del eremitorio.

Me informa mi buen amigo Casto Martínez, conocedor personal del tema que nos ocupa que, concretamente a finales de 1.981, habían en el convento seis hermanos y el capellán Reverendo Don Manuel López Melgarejo. El hermano mayor era Matías de la Santísima Trinidad, recientemente fallecido. En 1.990 ya solo quedaban cuatro hermanos. Actualmente el monasterio permanece cerrado. Solo hay misa los domingos y festivos por la mañana. El nacimiento de agua se secó y ya no se celebran fiestas. Únicamente vive allí el hermano Manuel, de 88 años, al que sube diariamente un matrimonio a atenderle.

Las carmelitas y los jesuitas han solicitado instalarse allí, sin que el Ayuntamiento haya aceptado las propuestas.

De todos modos, sería lastimoso que el olvido y el abandono contribuyeran a que tan querido lugar desapareciera definitivamente al no asignársele al uso adecuado a su sentido religioso e histórico.